



Antón Costas

El bocadillo del día

En mi condición de profesor de economía, en los últimos meses me preguntan con mucha frecuencia si considero que hay recuperación, y si podemos confiar en que hemos salido del largo túnel en el que entramos en el 2011. Según quien la hace, veo una mezcla de ilusión y desconfianza.

Mi respuesta también contiene esa mezcla de esperanza y temor. Como ocurre con muchas cosas, todo depende del punto de vista que uno toma para responder. En este caso, hay dos narraciones posibles.

Si nos fijamos en los indicadores de actividad económica, las cosas han mejorado sustancialmente en el 2014. Y las perspectivas para el 2015 y el 2016 son alentadoras. El PIB, los índices de producción industrial y de servicios, el consumo y las exportaciones dan buenas señales. Desde el lado de las empresas, los excedentes muestran una mejora generalizada. También los datos de empleo y afiliaciones a la Seguridad Social ofrecen indicios de mejora.

¿Cuáles son los motores de esta mejora? Fundamentalmente, la devaluación de los salarios. A este motor interno se ha sumado en el 2014 el efecto favorable de un viento de cola impulsado por dos motores externos. Por un lado, el desplome del precio del petróleo. Por otro, la devaluación del euro frente al dólar. Este viento de cola, de acuerdo con las perspectivas de primavera del FMI, se mantendrá en el 2015 y el 2016.

Todo esto son buenas noticias.

Sin embargo, si analizamos la recuperación desde los ingresos de los hogares, el panorama adquiere tintes grises. Durante la recesión, la renta de los hogares ha caído un 8,8%. Es una cifra muy importante. Su recuperación en el 2014 ha sido muy magra, prácticamente inexistente, un 0,2%.

Esta caída de los ingresos se reparte de

forma muy desigual. A vuela pluma, un 10% ha mejorado sus rentas durante la crisis; otro 40% no tuvo una caída significativa porque no perdió el empleo, aunque el temor a perderlo le hizo contraer su consumo. Son los que ahora han recuperado la confianza y tiran del consumo.

Pero aproximadamente un 50% de los hogares ha tenido una fuerte reducción de ingresos, ya sea debida a la caída de los salarios, por quedar en la cuneta del paro o por la pérdida de prestaciones sociales. Estos son los que no ven la salida del túnel por ninguna parte y a los que hablarles de



JORDI BARBA

la recuperación les suena como un cuento chino.

Permítanme utilizar una anécdota para poner de relieve esta realidad.

Caminando la semana pasada por el barrio de Les Corts me encontré un cartel en la puerta de un bar restaurante con este anuncio: "Menú. Bocado del día de lomo y una bebida, 3 euros". Me hizo recordar lo que me contó este verano la propietaria de la tienda de ultramarinos de mi parroquia gallega. Al preguntarle cómo le iban las cosas, me dijo que ahora vendía muchos bocadillos. "A la hora de la comida -me dijo- muchos trabajadores vienen a comprar un

bocata y una bebida. Los salarios no dan para más". Ha llegado el momento de que el vaso de la recuperación rebese y beneficie al conjunto de la sociedad. Es el momento para que los salarios lancen una señal que afiance la confianza social en la recuperación. Los salarios han sido el motor de la mejora de la competitividad y de la rentabilidad de las empresas. A partir de ahora, ese motor tiene que pasar a ser la mejora de la productividad.

Esta señal tendría dos efectos benéficos. Para la economía, permitiría consolidar la mejora del consumo. Para las empresas,

permitiría mantener la lealtad de los empleados y su compromiso con la mejora de la productividad y el proyecto empresarial a largo plazo. Algunas empresas lo han comenzado a hacer. Mercadona, con su decisión de subir los salarios más bajos, es un buen ejemplo.

Pero hay un argumento adicional. Ahora que la recuperación económica se va abriendo paso, existe el riesgo de que aparezca la crisis social. El motivo es que la salida del túnel sólo funciona para los que circulan por uno de los carriles. Los del otro carril siguen parados en medio del túnel. Hasta ahora esa situación no ha provocado una crisis social. Pero la tolerancia a la desigualdad de los que siguen parados dentro del túnel puede cambiar rápidamente. El riesgo es que, movidos por el sentimiento de o todos o nadie, acaben bloqueando la salida.

Si recuerdan, este efecto túnel ya ocurrió en la salida de la recesión de los ochenta. Viendo que el vaso de la recuperación no rebosaba, trabajadores y ciudadanos apoyaron la huelga general de diciembre de 1988.

Una señal procedente de los salarios, especialmente de los más bajos, en las empresas que están en condiciones de hacerlo puede contribuir como ninguna otra medida a afianzar la confianza social en la recuperación de aquellos que aún tienen que vivir con el menú del bocadillo del día.●

Pilar Rahola



Mesías antisistema

Como he expresado en ocasión de los casos Fernández y Forcadell, cuyos estatutos los separaron de la primera línea política a pocos meses de un hecho histórico, estoy a favor de los liderazgos. Y no me parece escandaloso que se hagan excepciones a las normas cuando la situación es justamente excepcional. Por supuesto, me refiero a ese tipo de líderes que son capaces de conciliar en su persona los valores que defienden y convertirse en referentes de grandes mayorías. No es fácil, ni rápido crear esas referencias ciudadanas que se forjan a base de honestidad, ética y buen hacer. Y, además, a pesar de la moda asamblearia, los líderes son tan necesarios como la gente que los acompaña.

Por todo ello, porque me muestro favorable al concepto del liderazgo sin complejos, no estoy en condiciones de criticar la sobrecarga de liderazgo que muestran algunas nuevas formaciones. Al fin y al cabo, entiendo la necesidad. Pero no puedo evitar la sensación de estafa, no tanto por lo que yo pueda pensar como por el pescado que nos venden. A diferencia de CUP y

Pablo Iglesias y Colau se han convertido en superhéroes hiperidealizados, cercanos al Mesías bíblico

ANC, que se han mantenido fieles a sus convicciones, tanto los de Podemos como los de Guanyem, o Barcelona en Comú, o lo de la Colau (que es como todo el mundo lo conoce), han crecido a base de asegurar que no tenían líderes, que todos eran la voz del pueblo, que se diluían en el magma ciudadano, blablablá. Pero desde el momento en que levantaron sus posaderas de las plazas y las empezaron a situar en los platós de televisión, todo cambió milagrosamente. Y, de golpe, el pueblo ya no era el pueblo, porque se llamaba Pablo Iglesias o Ada Colau.

Es cierto que, hasta aquí, todo es bastante razonable, pero el personalismo fue en crescendo hasta el punto de que cualquier crítica al líder se convertía en una especie de herejía religiosa. La veneración en las redes llega al integrismo religioso. Y la rueda no ha parado. En estos momentos tanto Iglesias como Colau se han convertido en una especie de superhéroes hiperidealizados, cuya idealización se acerca más al Mesías bíblico que al *warrior* callejero. Su discurso es antisistema, contra el sistema, sobre el sistema y lo que quieren del sistema, pero cada día imitan más y mejor los liderazgos del sistema. Y la guinda ha sido la decisión de BComú de utilizar una foto de Ada Colau como emblema de sus papeletas de voto. Es decir, todo se resume en el carisma de la nueva Pasionaria. Curioso. Curioso porque servidora habría imaginado, en mi ingenuidad, que no había líderes, ni caretos al viento, ni mesías salvadores, sino una voz colectiva, surgida del grito de la calle, que se convertía en puño político. Pues no: todo queda reducido a unos protagonistas hiperidealizados, con una fuerte componente mediática.

Mucho ruido, poco programa y unos dioses surgidos del asfalto dispuestos a asaltar el Olimpo. No sé, son nuevos, pero parecen muy viejos.●

Carme Alcoverro

Aquí también sucede

En el momento que escribo este artículo, se sabe que el alumno que mató a un profesor e hirió a otras cuatro personas en un instituto de Barcelona tiene 13 años y cursa segundo de ESO.

La consternación es total: es la primera vez que se produce en Catalunya un hecho como este. Se escribirá seguramente sobre las armas del menor, sean ballestas o cuchillos. Se harán mil análisis para tratar averiguar qué lleva a un niño de 13 años a urdir algo de semejante magnitud. Se sondeará la atmósfera familiar en que vivía. Y se tratará de saber cómo esos padres nunca sospecharon nada de su hijo, de su compulsiva afición bélica y a las armas, especie de fetiches mortíferos que

almacenaba en algún escondrijo de su vivienda. Y en su mente.

En asuntos de tanta gravedad nunca hay una sola causa. Hay varias, desde las psicológicas y familiares y las que pone el azar para que todo explote, hasta las macrosociales. De estas últimas es de las que se tiene que hablar sin cortapisas. Puede que los padres, y todavía más los profesores, sean los últimos en enterarse del armamento que gustaba al chico, o de las "listas negras" que este confeccionaba, como manifestación de la profunda y lenta desafección hacia sus profesores y compañeros que iba incubando hasta terminar donde terminó. Aunque bastante responsabilidad tengan esos padres, desde luego, al no detectar la desgracia que se cernía dentro de su propio hogar.

Pero, por sobre todas estas consideraciones, el que asesta el golpe definitivo es el cúmulo de valores de fácil adquisición, en los que la violencia, y su espectáculo, es un medio de comunicación valorado en la sociedad actual. Valores que invitan a la derrota moral, a la lenta neutralización de la empatía, a la falta de humanidad y piedad.

Recuerdo que hace varios años, en Inglaterra (por no hablar de otros casos de asesinatos en escuelas), dos niños secuestraron a una niña en un supermercado y luego la asesinaron con premeditación. Incurriríamos en una inmoralidad mayúscula si nos sacudiéramos la responsabilidad que tenemos todos (padres, escuela, sociedad y gobernantes) en estos trágicos sucesos, como si nos quitáramos una mota de polvo.●